

como los tripulantes y pasajeros lo rodearon con gran interés.

LX. — NUEVOS AMIGOS.

Así que Miguel estuvo un poco repuesto de sus emociones, le pidieron que relatase sus aventuras: cuando se supo que hacía un mes que estaba solo en el mar en una lancha, el interés ya grande aumentó más aún y entre los pasajeros hubo verdadera explosión de simpatía; varias personas le propusieron emplearlo.



Caña dulce.

Uno de los más solícitos fué un señor de cincuenta años poco más ó menos, de aspecto vivo é inteligente, en quien Miguel creyó reconocer un compatriota suyo, por más que hablaba inglés tan bien como el capitán y los restantes pasajeros.

No se engañaba. El Sr. Lebel vivía en la isla de la *Reunión*, colonia francesa, una de las *Mascareñas*, y comerciaba en lanas con Australia.

La cara de este comerciante agradó mucho á Miguel: así fué que se consideró muy dichoso cuando el Sr. Lebel le propuso que lo acompañase una temporada.

Islas Mascareñas. — Grupo de islas situado en el *Océano Índico*; las principales son la *Reunión*, llamada *Borbón* en otra época y la isla *Mauricio*, cuyo primitivo nombre era *isla de Francia*. La

Reunión pertenece todavía á esta nación; pero *Mauricio* ha pasado á poder de los ingleses.

La *Reunión* produce en abundancia *caña dulce*, *cacao*, *vainilla* y todas las plantas tropicales.

El café de esta isla se llama todavía en el comercio *café Borbón*. **Caña dulce.** — Caña que llega á tener hasta más de dos veces la altura de un hombre, y que contiene en abundancia una materia dulce con que se fabrica azúcar.

Así que maduran las cañas, las cortan y las llevan al molino, donde se las machaca y se las reduce á papilla. Esta pasta se hierva cinco veces seguida en vasos diferentes, con cierta cantidad de cal para que pierda su acidez. El producto es lo que se llama azúcar terciado; para blanquearlo se le somete á diferentes operaciones que constituyen el *refinado*.

La caña dulce sirve también para fabricar *rom*.

Esta planta es oriunda de la India, pero hoy la cultivan en todos los países cálidos, sobre todo en la isla *Borbón* y en las *Antillas*, donde constituye rama importantísima de la riqueza.



Cook.

El continente llamado hoy *Australia* es quince veces mayor que Francia. Primero se le denominó *Nueva Holanda*, por ser de este país de Europa los marinos que

lo descubrieron hace cerca de tres siglos. Sin embargo, ningún hombre civilizado se había establecido allí cuando en 1770 visitó Cook una bahía de la costa oriental que llamó *Botany-Bay*, por causa de la profusión de flores que observó en ella, y tomó posesión del país en representación de la Gran Bretaña.

Unos años más tarde, el gobierno inglés fundó al norte de esa bahía un *presidio*, es decir, un depósito de condenados, ladrones y asesinos que la madre patria quería expulsar de su seno.

Poco á poco, muchos habitantes de la metrópoli, que no podían ganarse la vida en su país natal, fueron también á establecerse en Australia y edifi-

caron cerca de Botany-Bay la ciudad de *Sidney*, capital de la provincia de Australia llamada *Nueva Gales del Sur*, y después la de *Melbourne*, capital de la provincia de *Victoria*.

Cook. — Navegante inglés de la segunda mitad del siglo XVIII. En su primer viaje alrededor del mundo visitó toda *Oceania*, exploró las costas de *Nueva Zelanda* y reconoció la existencia del canal que la separa en dos partes, dándole su nombre (*estrecho de Cook*). Después visitó las costas orientales de Australia, que llamó *Nueva Gales del Sur*.

En otro viaje, penetró hasta las regiones glaciales antárticas y reconoció que en ellas no existía ningún territorio importante; además, descubrió varias islas ó archipiélagos de la *Oceania*, entre otros la *Nueva Caledonia*, y los grupos de las islas de la *Georgia* y las islas *Sandwich*.

En un tercero y último viaje, buscó un paso al norte de América. Obligado por los hielos á bajar hacia el sur, volvió á las *islas Sandwich*, donde los naturales de *Hawai*, una de ellas, lo asesinaron en 1779.

LXI. — MELBOURNE.

Melbourne está situada al sur de Australia, en el fondo de la bahía de *Puerto-Felipe*, que penetra



Melbourne.

largo trecho tierra adentro. Así que el buque pasó la entrada del puerto, los pasajeros, que eran *emigrantes* en su mayoría (gentes que abandonan

su país para fijarse en otro) se apresuraron á subir sobre cubierta, con objeto de contemplar su nueva patria.

Los que llegaban á ella por primera vez no podían volver de su asombro al encontrarse con que la pobla-

ción que se imaginaban como una reunión de casuchas, presenta el aspecto de una opulenta capital.

Melbourne se extiende sobre dos colinas que están separadas por un pequeño río, el *Yarra-Yarra*. Sus innumerables casas de piedra están coronadas por torres y campanarios, y entre ellas se destacan alamedas y jardines.

En el puerto reinaba extraordinaria animación; por todas partes se oían silbatos de vapor. Dos caminos de hierro, que llegaban hasta la extremidad de los rompe olas, no cesaban de transportar balas de lana y lingotes de plata y oro que llenaban la cala de los barcos surtos en la bahía.

Durante ese tiempo, los *pescautes* introducían sus largos brazos hasta el fondo de los barcos que llegaban de Europa, de Asia y de América, para sacar de ellos las mercancías de que estaban cargados.

En unos momentos atracó el *Darling* y el Sr. Lebel, dejando sus baúles bajo la custodia de un hombre que le acompañaba, se dirigió seguido por Miguel á la estación del camino de hierro que une el puerto con la ciudad.

— Melbourne ha cambiado mucho de aspecto desde que puse los pies en ella por primera vez, dijo el negociante á Miguel así que estuvieron en la capital. Entonces no se veía más que un centenar de casas de madera y algunas posadas en torno de una iglesia, que era también de palo, á la que servía de campanario un árbol; pues bien, mira ahora.

La ciudad era grande y hermosa y no se parecía á la que acababa de describir el Sr. Lebel. La vista se extendía hasta el horizonte por anchas vías, llenas de tiendas y escaparates más brillantes aún, pensaba Miguel, que los de Argel, la única ciudad de cierta importancia que había visto. Nuestro joven admiraba la altura de las casas, la belleza é impor-

tancia de los edificios, el número de coches, ómnibus y tranvías; jamás se había imaginado que pudiera existir tanta animación. Su encanto aumentó en los días siguientes, cuando el Sr. Lebel, que le había tomado simpatía, lo llevó á visitar los museos y establecimientos públicos. Condújolo al Jardín Botánico, que Miguel encontró muy bello é interesante, por más que interiormente se decía, muy satisfecho, que el de Argel era mejor aún.

El negociante le hizo visitar también la biblioteca, llamando su atención sobre que la mayor parte de las personas que estaban allí leyendo, pertenecían á la clase obrera. Los trabajadores van á completar en las obras especiales sus conocimientos sobre los distintos oficios y así pueden sacar mejor partido de los recursos que tienen á su disposición.

LXII. — LAS MINAS DE ORO.

— Tengo que hacer en *Ballarat*, dijo un día el Sr. Lebel al joven argelino. Ven conmigo; en ese punto están las principales *minas de oro* de Australia.

De seguro encontraré cambiadas las cosas desde la época en que las vi por primera vez, añadió cuando estuvieron instalados en el camino de hierro.

Hace de esto más de treinta años, pues fué en 1852. Entonces era yo un mozalbete de 18 años, el menor de una familia en que éramos doce. Mi padre acababa de ser víctima de un *ciclón* que había caído sobre la Reunión, destrozando nuestros plantíos de café, vainilla y caña dulce. Quiso recuperar su fortuna con especulaciones que dieron mal resultado y se vió arruinado casi por completo. Entonces yo me expatrié en busca de aventuras y de fortuna, dejando en el país á mis hermanos mayores para que ayudasen á mi padre.

Entonces acababan de descubrir en Australia minas de oro de fabulosa riqueza y de todos los países del mundo salían gentes en dirección de aquel punto del globo. Yo hice lo que tantos. Tenía por todo capital cuarenta pesos, que no es ciertamente mucho, pero que bastan á un mozo resuelto á no gastar sino lo absolutamente necesario para vivir un mes en París ó en Londres. Aquí era distinto. En este país miserable, donde no se encontraba nada como no fuera el oro, las cosas costaban precios exorbitantes. Así es que con mis doscientos francos apenas pude vivir durante los seis días que entonces eran necesarios para ir de Melbourne á *Ballarat*. Cuando llegué á este lugar no me quedaba más que mi azadón y mi ropa.

En seguida empecé á trabajar. Como el terreno no pertenecía á nadie todavía, era lícito buscar donde se nos antojaba: ningún indicio nos instruí sobre lo que ocultaba la tierra, por lo menos á la vista de un novicio como yo. El suelo estaba cubierto de hierba corta que disimulaba su color; así fué que fuí á lo que saliera.

El primer día no encontré nada. Esto no era motivo para desanimarme, de no estar atormentado por el hambre y sin tener nada que comer. ¿Cómo salir del paso?

Un mesonero que desde la llegada de los primeros exploradores se había establecido en *Ballarat*, me prestó dos pesos sobre mi chaquetón; para hacer una comida de anacoreta gasté la mitad, y economizándolos de la manera más escrupulosa, me duraron día y medio.

Mi sombrero, mi chaleco, mi corbata y hasta mis botas siguieron el mismo camino y me permitieron vivir algunos días, que pasé excavando con verdadero frenesí, ya acá, ya acullá. No pasaba hora sin que oyese hablar de maravillosos hallazgos. Este había

desenterrado una pepita de cinco mil pesos; aquel una de veinte mil, y hasta hubo quien descubrió una de doscientos mil francos. El último pagó con la razón el hallazgo, pues al ver su tesoro se volvió loco. En cuanto á los restantes, no conservaban mucho tiempo sus hallazgos: el juego y la bebida les servían para disiparlos en breve.

Yo debía ser más feliz que ellos.

— ¿Acaso descubrió V. un lingote de sesenta ó de ochenta mil pesos? exclamó Miguel.

— No, amigo mío, contestó tranquilamente el Sr. Lebel, sino una simple pepita de cinco mil francos. Miguel miró con asombro al negociante.

— Sí, amigo mío, fui más afortunado que mis compañeros. Esta suma era demasiado pequeña para trastornarme el sentido, ó exponerme á los celos de los otros; pero fué suficiente para empezar á comerciar. En efecto, yo había comprendido muy pronto que, no obstante los golpes de fortuna que favorecen á algunos, el oficio de minero no vale gran cosa. Empecé, pues, por recuperar mis ropas, sobre todo mis botas, cuya falta me causaba dolores mortales, y volviendo la espalda á las minas, me establecí en Melbourne y abrí una tienda de artículos de primera necesidad. Como mi empresa iba bien, encargué á Europa un surtido de ropa hecha y de calzado.

— Debió ganar V. mucho con esto.

— Ya lo creo: de todos los puntos del universo llegaban inmigrantes; en ocasiones desembarcaban cinco mil al día y no había nada con qué alimentarlos, vestirlos y alojarlos. Aquí no se encontraba sino oro.

Así es que las cosas más ordinarias alcanzaban en ocasiones precios fabulosos: He visto pagar ochenta pesos por un par de botas; un chaquetón de seis valía seiscientos.

— ¡Qué hermoso país el en que se hace tan rápidamente fortuna! exclamó Miguel.

— No niego, contestó el Sr. Lebel, que Australia sea un hermoso país; pero su verdadera riqueza no son las minas; al contrario.

— ¿Al contrario?

— Sí, y aquí lo oirás repetir muchas veces: «Las minas de oro son una maldición.»

— ¡Una maldición!

— Seguramente. La ganancia fácil, aleatoria, fundada en el capricho de la casualidad, aparta al hombre del trabajo regular; lo seduce, lo corrompe y acaba por perderlo, pues sólo lo que se ha ganado con dificultad es lo que se conserva mucho tiempo. Dios sabe cuántas malas acciones, cuántas bajezas, y hasta cuántos crímenes puede causar el deseo immoderado de enriquecerse y sobre todo pronto. Los que padecen de ese mal no retroceden á menudo ante el robo y el asesinato. En el tiempo de que te hablo, el minero que había hecho algún rico hallazgo estaba siempre expuesto á que se lo arrebataran y no dormía sino con el dedo puesto en el gatillo de su revólver.

Estas reflexiones recordaron á Miguel las que había oído hacer en Port-Elisabeth y las suyas propias sobre los que explotan las minas de diamantes. Tenía ante la vista la siniestra figura del hombre á quien designaron como un asesino, la escena de matanza de la taberna, y le parecía oír el tiro que le puso término; al mismo tiempo le venían á la memoria las palabras de su padre: «Ganancias rápidas son raras veces honradas; y menos aún fáciles de conservar.» No le fué, pues, difícil comprender al Sr. Lebel.

— En otra época, durante los tiempos antiguos, siguió diciendo el negociante, se extraía el oro de las

orillas del *Indo*, de la *Italia meridional*, de la *Iliria*, de la *Bética* y de *Hungría*, donde se le encontraba mezclado con la arena de los ríos, y hé aquí cómo lo obtenían.

El trabajador se instalaba á orillas del río, con un aparato que consistía en un tablón cubierto de un grueso paño basto, con el pelo despeinado. Este tablón estaba sostenido por cuatro piés y un tanto inclinado como las rejillas que emplean los peones camineros para separar las piedras según sus dimensiones. El obrero sacaba del río agua mezclada con arena y la



Negros lavando oro.

vertía sobre el paño; la arena rodaba por la tela, mientras que las pajuelas de oro se quedaban en el pelo erizado. Era, como ves, sumamente sencillo.

Más tarde, en el siglo XV, se extrajo el oro de *México* y del *Perú*, y se abandonó el laboreo de los ríos

del antiguo mundo. Pero cuando el descubrimiento de las minas de oro se ha multiplicado, produciendo en el comercio del mundo verdadera revolución, ha sido en nuestro mismo siglo. Primero se le halló en *Siberia* en 1842, después en *California* en 1847 y por fin en *Australia*, el año 1851.

Entonces inventaron toda clase de máquinas para extraer el oro de la tierra y separarlo de la arena; pero en el momento en que yo era minero, se aplicaban todavía medios tan primitivos como los de la edad media. Se echaba en un cazo la tierra que contenía partículas de oro, añadiendo agua, después de

lo cual se imprimía al cazo movimiento de rotación acelerado: el oro, que es pesado, bajaba al fondo; la tierra sobrenadaba, se la arrojaba con el agua y se recogía lo restante. Á esto se le llamaba *lavar el oro*.

— ¿Y actualmente? preguntó Miguel.

— Eso es precisamente lo que vamos á ver.

LXIII. — EN BALLARAT.

Aunque el Sr. Lebel pensaba que el aspecto del país debía haber cambiado mucho en los treinta años de su ausencia, estaba lejos de imaginarse una metamorfosis tan completa como la que presenciaba. Era un trastorno tal, un trastorno tan grande, que parecía como si el país hubiera sido teatro de una de esas terribles crisis de la naturaleza llamadas temblores de tierra. El terreno estaba todo cubierto de zanjas y resquebrajaduras; no se veía ni un árbol ni una mata; por todas partes se encontraban puentes tendidos en todos sentidos sobre fosas profundas; acá y acullá, enormes tubos de fundición que lanzaban torrentes de agua para desagregar la tierra; máquinas de vapor silbando sin interrupción y moviendo enormes pilones. El conjunto era al mismo tiempo ensordecedor, espantoso é imponente.

Además á poca distancia se alzaba una ciudad populosa. En vez de las tiendas que durante muchos años sirvieran de único albergue á los mineros, había hermosas casas de piedra y ladrillos alineadas en cada acera de anchas calles; y en lugar del miserable mesón en que el Sr. Lebel empeñó sus botas y su chaquetón para obtener un pedazo de kanguro asado, se destacaba una magnífica fonda donde nuestros viajeros hicieron un excelente almuerzo.

Entre los obreros que trabajaban allí, los que más llamaron la atención de Miguel fueron unos hombres de escasa estatura, de rostro amarillento, de ojos negros y oblicuos, pómulos salientes, nariz achatada, aire obsequioso, y cuya nacionalidad era fácil descubrir fijándose en la larga trenza que colgaba sobre sus espaldas. Eran, como el lector adivina, *chinos* legítimos.

John Chinamán (Juan el hombre de China), como lo llaman los ingleses, ha invadido la Australia, donde ejerce los oficios inferiores; y como es extraordinariamente sobrio, como vive con casi nada, acaba por hacerse rico. Cuando tiene lo que necesita, se vuelve á su país.

Á la vez que el terreno fué trastornado, el modo de explotación de las minas experimentó también importantes transformaciones.

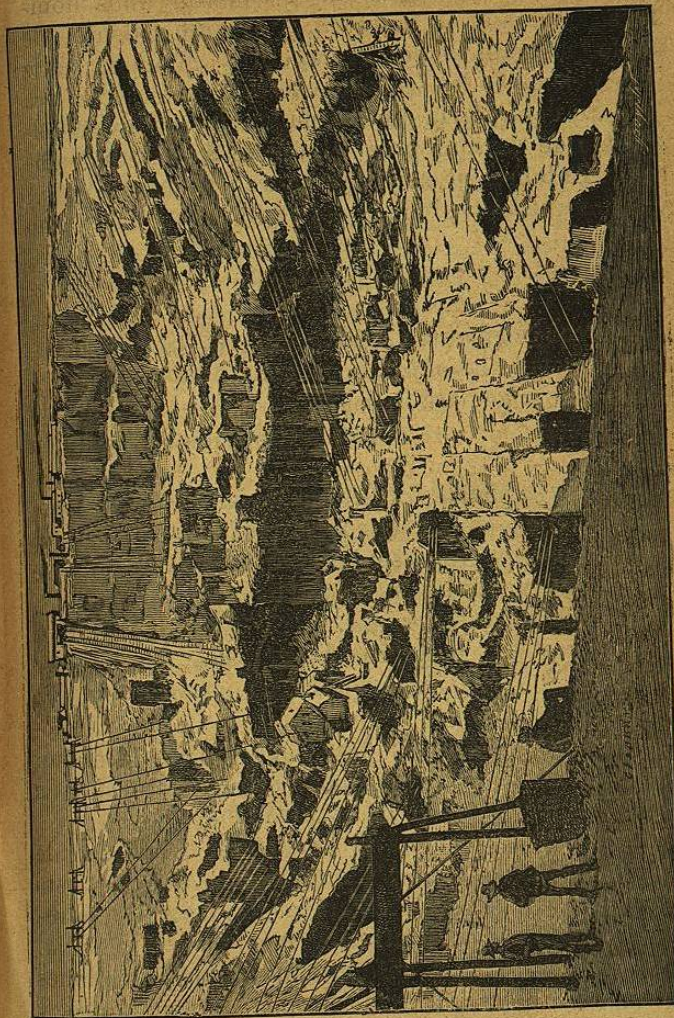
Ya no se rompía el suelo con picos y azadones, sino con potentes máquinas. Análogamente, el sistema de *lavado* en los cazos había caído en desuso y se procedía por *amalgama*.

— ¿De amalgama? repitió Miguel al oír esa palabra.

— ¿Has visto alguna vez *mercurio*, lo que se llama vulgarmente *azogue*?

— Sí señor; es el metal con que se hacen termómetros; cuando se le echa en la palma de la mano, forma pequeñas gotecillas brillantes que ruedan en todos sentidos.

— Pues bien, el mercurio tiene la propiedad de *amalgamarse*, es decir, de unirse con el oro, y esta es la propiedad que se utiliza para el lavado del precioso metal. Se procede de la manera más sencilla. Machácase por medio de grandes martillos-pilones el cuarzo aurífero, ó materia que contiene el oro, y después se le echa en cajas de madera, cuyo fondo está cubierto por espesa capa de mercurio. Un



Una mina de oro.

fuerte chorro de agua atraviesa esas cajas, por medio de aberturas dispuestas al efecto. Esta agua se lleva las materias extrañas, y el oro queda en el fondo amalgamado con el mercurio.

— ¿Cómo se les separa después?

— Se deposita la amalgama en un alambique ó aparato de destilar y se la somete á la acción del calor. Entonces el mercurio se transforma en vapor y el oro queda en el fondo del vaso.

LXIV. — RESOLUCIÓN.

— Probablemente, había dicho el Sr. Lebel á nuestro joven días antes, te propones tomar el primer barco que salga para Europa.

— ¿Cómo, si no tengo dinero para pagar el pasaje?

— Tal vez podrías obtenerlo dirigiéndote al cónsul de Francia en Melbourne. Estos funcionarios son magistrados que representan á su país en el extranjero y defienden los intereses comerciales de sus nacionales allí establecidos.

— ¿Cree V., preguntó Miguel, con la mirada brillante de alegría, que querrá enviarme á mi patria?

— Me parece que sí; pero debo añadirte, amigo mío, que no te aconsejo hacer uso de ese recurso. Según me has contado, no te queda más familia que tu hermanita; esta niña se encuentra en manos de parientes que la aman y que están bien de fortuna. En consecuencia, no le faltará nada, y tu ayuda le sería inútil. Por el contrario, más adelante podrá perder sus abuelos y entonces necesitará de ti. Si yo estuviera en lugar tuyo, me quedaría aquí, buscaría ocupación y trataría de reunir medios con que volver á Francia dentro de algunos años con aho-

rrros de que tu hermana podría participar. De esta manera no perderías el tiempo transcurrido. Te perfeccionarías en las lenguas extranjeras para las cuales tienes por lo que he visto mucha facilidad; adquirirías la costumbre de los negocios y te pondrías así en condiciones de tener en tu patria una situación lucrativa. Así hacen los jóvenes de las demás naciones, contra la costumbre de los franceses: por esto el comercio colonial, en que nuestra nación ocupaba siglos atrás el primer lugar, ha pasado á otras manos. Me causa más pena de lo que puede imaginarte llegar á un puerto y ver, en medio de las banderas de otras naciones, sólo alguna que otra francesa.

— ¿De modo, contestó Miguel, que V. me aconseja quedarme?

— Sí.

— ¡Y yo que esperaba ver pronto á Lucía!

— Nunca has estado más lejos de ella, pues nos encontramos en los *antípodas* de Francia.

— Me causa tristeza ver alejarse el momento de nuestra reunión, siguió diciendo Miguel.

— Lo comprendo; pero debes probar que eres un hombre y que sabes tomar resoluciones viriles. Si ahora te privas de ver á tu familia es para poder serle más útil en lo futuro.

— Tiene V. razón, exclamó el joven argelino suspirando, y si V. quisiera tener la bondad de buscarme colocación.

— Haré lo posible por lograrlo, amiguito.

Antípodas. — Punto de la tierra directamente opuesto á aquel en que nos encontramos, y que se tocaría si fuera posible taladrar el globo de parte á parte, en línea recta y pasando por su centro, como se atraviesa una naranja con una aguja de hacer media. Ese es siempre el lugar más lejano de aquel en que se está. Cuando son las doce de la noche en un punto, es mediodía en sus antípodas. Si son allí las seis de la mañana, en éste marcan los relojes las seis de la tarde. Los *antípodas de París* se encuentran en Oceanía, al sudeste de la Nueva-Zelanda.

LXV. — LOS ÁRBOLES GIGANTESCOS.

Unos días después volvió el Sr. Lebel á tomar con Miguel el camino de hierro para ir á *Sidney*; pero debían pararse en el camino, á fin de visitar unas haciendas situadas en las márgenes del *Murray*, el principal río de Australia. El Sr. Lebel quería comprar allí lanas.

En la estación donde pararon los viajeros encontraron caballos que los esperaban; Miguel se lanzó lleno de satisfacción sobre el que le estaba destinado.

El camino, apenas indicado, atravesaba ya grandes praderas, cercadas por rejillas de hierro, á fin de que no se escapasen inmensos ganados de bueyes, caballos y carneros que allí pastaban; ya bosques que presentaban la particularidad de estar formados casi exclusivamente por el mismo árbol. Miguel conocía la especie pues en Argel empieza á aclimatarse. Era fácil distinguirlo por el color verde de sus hojas largas, puntiagudas y colgantes, que no se caen nunca y que están dispuestas de manera tan original que no ofrecen refugio ninguno contra el sol. Es el eucalipto.

Eucalipto. — Árbol oriundo de Australia, donde adquiere proporciones colosales. Suministra excelente madera de construcción; su corteza se utiliza en el curtido de los cueros, y sus hojas proporcionan aceite empleado en perfumería, farmacia y alumbrado. Tiene además la propiedad de purificar el aire y presta grandes servicios en los terrenos pantanosos, donde reinan las fiebres palúdicas, que hace desaparecer á lo menos parcialmente. Crece con prodigiosa rapidez: en cuatro ó cinco años se eleva á la altura de los demás árboles.

Miguel había admirado las hermosas proporciones del eucalipto, y ya se disponía á calificarlo de rey de la creación, cuando de pronto, al atravesar una calva del bosque, se quedó estático de asombro.

Ante su vista se alzaban árboles tan altos, que

apenas se podía divisar su copa; eran también eucaliptos, pero de un tamaño superior á cuanto había visto ó imaginado. Su tronco ascendía liso y recto, hasta considerable altura, antes de que empezaran á extenderse en uno ú otro sentido las diversas ramas, y cada una de éstas era tan gruesa como el tronco de una encina de Europa.

— Nunca hubiera podido imaginarme, exclamó Miguel, que existieran árboles tan gigantescos.

— Algunos, le contestó el Sr. Lebel, llegan á medir *ciento cuarenta metros de alto*. Esta cifra no te dice gran cosa; pero cuando sepas que las torres y campanarios más altos de las catedrales llegan apenas á setenta metros, y cuando te digas que sería necesario colocar dos de esas torres una encima de otra para llegar á la copa de uno de estos eucaliptos, entonces comprenderás mejor sus dimensiones.

— ¡ Dos torres una encima de otra! repitió Miguel, y luego añadió: Además, esos árboles son enormes. ¿ Cuántos hombres se necesitarían, cogidos de la mano, para abarcar un tronco como éste? Y señalaba uno de los más gruesos.

— Lo menos doce, contestó el Sr. Lebel; lo medí una de las últimas veces que pasé por aquí. Tiene veintiocho metros de circunferencia. ¡ Cuando pienso que en Europa consideran como cosa extraordinaria un tronco que tiene en redondo dos ó tres metros!

— Es enorme, dijo Miguel.

— Pues todavía los hay, no mayores, pero sí más gruesos.

— ¿ Más gruesos?

— Sí; son de la especie de los pinos; se les halla en cierta parte de *California*, no muy lejos de *San Francisco*, y se les llama *Wellingtonia gigantea*. También los he visto. Parecen verdaderas torres y

en su tronco podría formarse una bonita sala de baile. Uno de ellos estaba tendido en tierra; el fuego había devorado su parte interior, dejando intacta sólo la corteza: ésta parecía un túnel en que paseamos á caballo. Por el contrario, otro no presentaba sino su tronco pelado; la corteza fué transportada á Londres, al palacio de *Sydenham*; sus pedazos, reunidos mediante barras y arcos de hierro forman un ancho local.

— Deben ser muy viejos estos árboles.

— ¿Sabes cómo se conoce la edad de un árbol?

— Sí señor: contando los círculos concéntricos que presenta la sección transversal del tronco: tienen tantos años como círculos.

— Pues bien, en los *Wellingtonia gigantea* se han contado hasta seis mil. Imagínate, pues, su antigüedad.

No vaya á creerse que todos los eucaliptos de Australia alcanzan las proporciones que acabamos de decir. Éstas son excepcionales, fenomenales, y el resto de los bosques que atravesaron nuestros viajeros para llegar al Murray no volvió á presentar semejantes prodigios de vegetación.

LXVI. — LOS ANIMALES DE AUSTRALIA.

Estos bosques estaban animados por la presencia de multitud de aves: cacatúas blancas de borla amarilla, papagayos de todos colores, verdes, encarnados, amarillos, celestes, escarlatas, violados, revoloteaban en las ramas; *pájaros-liras*, cuyas plumas están dispuestas en la forma de este instrumento de música; *casoares* de ropajes colgantes, que corrían por entre los troncos de los árboles, cisnes negros, grullas azules, *pelícanos* que nadaban en las charcas ó permanecían en sus orillas; pero en vez

de las alegres y armoniosas canciones que resuenan en los bosques de Europa y de América, sólo se oían gritos ásperos y discordantes: la naturaleza ha creído sin duda hacer bastante por las aves de Australia concediéndoles un hermoso plumaje y les ha negado el don de la música.

El *casuar* es un ave muy grande de la familia del avestruz. Corre, como éste, con extraordinaria rapidez. Sus plumas son muy apetecidas para adornos femeninos.

Las miradas atónitas de Miguel pasaban de una á otra de esas aves, cuando de pronto llamó su atención una extraña criatura que se mantenía en medio del camino sostenida en tres pies.

El joven sabía que hay *cuadrípedos* y también *bípedos*, por cuanto tenía la honra de pertenecer en persona á esta última clase; pero no había oído hablar nunca de *trípedos*. De pronto el curioso animal lanzó un grito y al instante una docena de criaturillas, bastante parecidas á él, acudieron dando saltitos y se



Casuar.

metieron todas, una después de otra, en una especie de bolsa que tenía en el vientre; después de lo cual huyó pegando enormes brincos y se escondió en la espesura.

Este animal, un *Kanguro*, no era un trípedo, pues no los hay, sino *cuadrípedo*, no obstante que sólo se servía de las patas de atrás, manteniendo las otras, mucho más pequeñas, dobladas sobre el pecho. Lo que Miguel tomó por una tercera pata era la cola, que le sirve de punto de apoyo posterior. Al oír el ruido, se asustó y llamó á sus pequeños, que se refugiaron en el pliegue ventral que